

SOBRE LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO EN LA SIERRA (1990-2010)

Javier Pérez-Embid Wamba
Universidad de Huelva

El patrimonio de la Sierra es un patrimonio pobre: no hay casas-palacio, apenas si hay conventos (los pocos ejemplos son, en realidad, ermitas transformadas), y los castillos, son en términos objetivos, de menor porte y calidad que los de las comarcas colindantes, sean las extremeñas, las portuguesas o las de las campiñas béticas. Pero se trata de un patrimonio que goza de una gran suerte o virtualidad, y es su magnífica inserción en el espacio natural, en ese paisaje que goza de la protección de Parque Natural. Ello le confiere el carácter de herramienta, de palanca potencial para el desarrollo socioeconómico de la comarca, a través del turismo. A condición, claro está, de que se proteja adecuadamente tanto su conservación como la del medio natural. Porque lo que busca en la Sierra la gente de las ciudades en fines de semana y vacaciones no es, ni más ni menos, que la naturaleza; no encontrarse con otra ciudad de ambiente y tono de vida similar a aquella de la que vienen huyendo.

En ese sentido, la protección del patrimonio en los últimos veinte años se ha visto impulsada, a grandes rasgos, por la conveniencia política de responder a las demandas de la ciudadanía. Las Jornadas del Patrimonio, impulsadas por un puñado de asociaciones ciudadanas movidas por un espíritu de identificación con las señas culturales de la identidad local, han sido, aparte su gran labor formativa y divulgativa, el foro de reunión e intercambio de ideas de los más activos defensores de ese patriotismo serrano de la mejor especie. No han sido siempre, sin embargo, el adecuado catalizador de las

reivindicaciones ciudadanas en cuanto a conservación del patrimonio se refiere. Hace unos quince años, en una reunión celebrada en Santa Olalla, tuve ocasión de aconsejar a los representantes de esas asociaciones que se mantuvieran independientes respecto al poder municipal, porque en torno al poder municipal se agrupaban unos intereses que no eran, básicamente, los de la conservación y promoción del patrimonio.

La verdad de aquella afirmación vino a demostrarla el movimiento ciudadano que surgió en Aracena en 1993-1994 como rechazo a un proyecto de urbanización en la ladera del castillo. La unanimidad de todo un pueblo en su rechazo a un urbanismo poco respetuoso con las señas monumentales de la identidad local determinó, por vía judicial y administrativa, la protección y defensa de ese patrimonio local. A continuación, y en alas de ese mismo impulso (nutrido por la prensa, las asociaciones y certámenes culturales...), se llevaron a cabo determinadas mejoras en el patrimonio de Aracena: restauración del convento de Santo Domingo, restauración del palacio de los Sánchez Dalp para sede del ayuntamiento, que dejó su instalación provisional en el antiguo museo etnográfico para convertirlo en Museo del Jamón, a la postre incluso, bajo liderazgo eclesiástico, la terminación de la obra de la iglesia parroquial de Santa María (que se había iniciado, y no se pudo acabar, entre 1973-1974).

Iniciativas de mejora y consolidación del patrimonio se han llevado a cabo con posterioridad en otros pueblos de la Sierra. Destacan, singularmente, la cobertura de la iglesia del siglo XVIII de Castaño del Robledo. O las excavaciones y la rehabilitación de la ermita de San Mamés en Aroche (más discutible ha sido la intervención llevada a cabo en su iglesia prioral). Pero, más que nada, hay que llamar la atención sobre el desafío supuesto para el perfil de nuestros pueblos por el desarrollo inmobiliario que ha traído la “burbuja” especulativa de los últimos años. El ejemplo de Aracena es, también en este caso, llamativo. La construcción de un gran hotel en una cota de altura que desafía el “skyline” del castillo, o la construcción de una serie de urbanizaciones para segunda vivienda (según tipologías y modelos típicos de las viviendas vacacionales de playa) en el antes hermoso paraje de Aracena constituyen prácticas que los demás pueblos de la Sierra deben

evitar. No hay que culpar necesariamente al Ayuntamiento, porque, por encima del mismo, la Junta de Andalucía tiene una responsabilidad en la aprobación de los planes que, en este caso, no ha estado a la altura de lo que habría podido esperarse de ella.

Porque, aunque se ha recordado en este debate la evidencia de que “antes que nada hay que comer”, yo quiero deshacer aquí la falsa ecuación de que el desarrollo urbanístico implique necesariamente la destrucción del perfil tradicional del caserío popular. El dinero, enemigo aparente de la conservación de la arquitectura tradicional, puede convertirse en un factor protector de la misma. Sería muy conveniente que en Andalucía miráramos el ejemplo de comarca como el Ampurdán catalán, tan próximo a la Costa Brava mediterránea, con sus complejos playeros, y, sin embargo, con los mejores ejemplos de conservación de la arquitectura popular (masías individuales o en aldeas) que se hallan en la geografía peninsular. El dinero allí no ha acarreado la destrucción de la arquitectura popular, antes bien, aliado a la cultura, ha permitido la conservación de los módulos históricos y tradicionales.

No faltan en la Sierra ejemplos de buenas prácticas urbanísticas respecto del caserío tradicional. En Zufre, el hotel rural levantado en el entorno de la ermita de Santa Zita, ha asociado este santuario a su oferta residencial, mediante la restauración del edificio y de su entorno. En Higueruela de la Sierra, la urbanización recientemente inaugurada en la margen derecha de la carretera respeta las modalidades constructivas populares y ha conseguido, gracias a ello, la rápida venta de las viviendas. Es de esperar que en Aracena la reurbanización del barrio de Santo Domingo alcance feliz término con la rehabilitación, para hotel, del antiguo convento de Jesús María y las nuevas edificaciones de la calle Boleta. Ojalá que estas reflexiones, este repaso a algunas de las luces y sombras del desarrollo urbanístico de los últimos años sirvan para agudizar la conciencia de la importancia para el desarrollo turístico de nuestros pueblos de la conservación del caserío tradicional.